

Ha muerto Calder

EL pasado jueves, día 11, ha muerto en Nueva York el gran escultor americano Alexander Calder. La muerte le sobrevino a los setenta y ocho años, pues había nacido en Filadelfia en 1898, y cuando regresaba a su residencia neoyorquina, después del acto inaugural de una exposición personal en el Whitney Museum de aquella ciudad.

Cuando se piensa en la obra de Calder, uno tiene la tendencia a considerar como lo más significativo de ella a sus esculturas "móviles", así llamadas por Marcel Duchamp, con una denominación que hizo fortuna. Y, tal vez, sí, podrán ser esas obras dotadas de un cierto movimiento, lo que más significación tiene en el conjunto total de todas sus creaciones. Para distinguirlas de ellas —y acaso para significar que sus posibilidades escultóricas no se agotaban con esa invención—, sus esculturas que no estaban dotadas del movimiento se denominaban "stábiles".

Pero no era, yo creo, eso que evidentemente tenía la máxima significación en su obra, lo que las dotaba de su impulso inicial. Lo que dotaba a la obra de Calder de su impulso más enérgico era su carácter lúdico. Muy pocos artistas de nuestro tiempo han sabido capitalizar al juego en favor de su obra como Calder. Eso era algo que, sin necesidad de tener a sus esculturas delante, se transparentaba en la simple persona del escultor. A sus setenta años conservaba en su mirada y en sus gestos un fulgor juvenil inmarcesible. Tenía, en su gran humanidad, una pureza y una actitud siempre infantil que hacía que todos los que lo rodeaban, aunque fueran efectivamente más jóvenes que él, parecieran gente de más edad.

¡Pero el juego como impulso creador en la obra de Calder! Uno cualquiera de sus tan significativos móviles, se transformaba siempre para el espectador en una incitación, también, para el juego. Uno contemplaba aquel universo de pequeñas formas livianas, sostenidas por una estructura más liviana aún —por sutilísimos cables, casi siempre— y, al verla girar, acaso sólo impulsada por una ráfaga de viento, sentía también la necesidad de intervenir mínimamente para modificar la disposición en el aire de aquellas pequeñas formas. En el aire, digo, porque casi siempre el ingenioso artificio calderiano pendía colgado, tal vez del techo o tal vez de una previa estructura sustentatoria...

Y, claro, si el juego como acción está incrustado en la biografía de nuestro pintor, tal y como lo conocemos. Hijo de escultor —parece

más bien académico—, en su primera juventud se dice que trabajó como fabricante de juguetes... Cuando, ya decidida su profesionalidad escultórica, se trasladó a Europa para entregarse a la lucha por un nombre, traía en su maleta, y ello le servía a manera de credencial, una medio escultura-medio juego que representaba un circo esquematizado, con todos sus posibles elementos más o menos dinámicos. Y cuentan los que tuvieron ocasión de ver el espectáculo del novel escultor y su obra, que el espectáculo, en efecto, lo era cuando Calder lo manipulaba, supliendo música, aplausos y risotadas de los payasos... Es decir, cuentan quienes tuvieron ocasión de ver aquello que el verdadero espectáculo se engrandecía viendo aquel gran niño jugar con su juguete... Calder permaneció siempre fiel al sentido móvil de ese juego de su su invención. Porque, en efecto, en aquel tiempo, el juego lo fue con toda deliberación y toda premeditación.

Tal vez, en aquellos tiempos no percibía el joven Calder que en esa intuición de su juego iba a estar la clave de su futuro y más significativa obra de escultor.

Calder era un gran amigo de Joan Miró. En los primeros tiempos de su estancia en Europa, el escultor —e incluso su señora— pasó alguna temporada en la casa mallorquina del pintor y hasta en su casa tarraconense de Montroig... No es de extrañar esa amistad. En la estética del Calder hay, evidentemente, una opción hacia formas más "orgánicas" que propiamente geométricas, las cuales, en último término, podrían derivarse más de la concepción mironiana de la forma que de un ideal más afín a Mondrian —a quien, por cierto, el escultor conoció en sus momentos iniciales de Nueva York—. Yo los he visto juntos alguna vez, en Palma de Mallorca, cuando la exposición de Calder en la galería Pelaires. Confortaba ver a aquel gigantón que era Calder oír las cariñosas re-

convenciones de quien, al fin y al cabo, no era más que unos años mayor que él: "¡Sandy, Sandy, Sandy!", le decía Miró, reprochándole la frecuencia con que el escultor volvía a la botella de whisky. Fue esa una amistad que, sin duda, sellaron muchas circunstancias extrañas. Por ejemplo, la participación de Calder, junto a Miró y a Picasso, en el célebre pabellón español del año 1937 en la Exposición Universal de París. Calder, que ni era español ni estaba comprometido con la España en guerra, fue uno de los participantes de aquel célebre pabellón —el pabellón del Guernica!— con su célebre obra, consistente en una fuente de mercurio. ¡Bello problema el propuesto por el mineral líquido a ese escultor, revolucionador del estatismo de la escultura! Por cierto que esa obra, afortunadamente, pertenece ya a la Fundación de su amigo Miró de Barcelona, y allí quedará instalada para siempre... Cuando se le recordaba a Calder su trabajo de participación en aquel pabellón, se le iluminaba la cara con un fulgor infantil, como recordándole su vida y sus ilusiones de treinta años atrás.

Y otro de los grandes amigos de Calder entre nosotros era el formidable Joan Prats, sombrerero y mucho más, de Barcelona. Su tienda, que ahora se ha convertido en la galería Joan Prats de la Rambla de Cataluña, ostentaba en su principal escaparate una escultura de Calder, en la que, con livianísimos cables, unos sombreros navegaban en el espacio... Era, otra vez, el juego, principal ingrediente creador del gran Calder... Por cierto que, en esa que hoy es galería de arte y que antes era sombrerería es donde, últimamente, he podido ver obras de Calder. Ya escribí algo de ello aquí mismo, en TRIUNFO. Era una exposición de Miró, de Tàpies y Calder. Había obra de esos tres, pero también de Joan Prats, porque, para mantener algo del espíritu del gran barcelonés, algunos de sus sombreros —magníficos, por cierto—, andaba por allí como revoloteando en medio de esas obras.

En fin, otro de los grandes amigos de Calder entre nosotros fue el gran arquitecto catalán José Lluís Sert, quien, con Luis Lacasa protagonizó arquitectónicamente aquel pabellón español del 37 en París. Yo sospecho —nadie me ha dicho nada al respecto— que Sert tuvo parte muy importante en aquella colaboración de Calder.

De todas maneras, algo se demuestra sin proponérmelo expresamente: que la presencia de Calder entre nosotros tuvo una entrada evidente, que es Cataluña. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

